

NUEVA YORK & SEVILLA. DOS MIRADAS

Me prolongo por una gran parte de la ciudad. Soy igual y paralela a todas las que se extienden hacia el sur, y hacia el norte. Soy una parte más de la retícula ordenada y sobre un plano no me diferencio de mis compañeras. Pero es la arquitectura la que me hace diferente de todas las demás. Sobre mis bordes se construye la ciudad, que se hace diversa en los edificios y permanece unida por mí, por las que me anteceden, por las que me siguen y por las que me atraviesan.

Me prolongo en un breve espacio de la ciudad. Soy diferente a todas las que se extienden hacia el norte, y hacia el sur. Soy una parte singular del tejido urbano y sobre un plano soy distinta de cada una de mis compañeras. Pero es la arquitectura la que me hace similar a todas las demás. Sobre mis bordes se construye la ciudad, que se hace homogénea en los edificios y permanece unida por mí, por las que me cruzan y por las que, sinuosamente, se entrelazan conmigo.

Soy el Empire, símbolo de la ciudad, represento a Nueva York, soy Nueva York. Manhattan está a mis pies, por mis cuatro esquinas, y proyecto mi sombra sobre ella imponiendo mi presencia. Desde las calles rectas emergo. Es una lucha por el espacio para remontarme hasta el cielo, para hacerme un hueco en la red de calles rectas de la urbe. Desde abajo, entre las demás, arrastro las miradas hacia arriba para que se descubra la enormidad. Desde arriba, al lado de las antenas, arrastro las miradas hacia abajo para que se descubra la pequeñez. Soy única en medio de todas las torres de Manhattan y formo Manhattan con todas ellas. Mi mirada se extiende a lo lejos, más allá de Brooklyn, de Queens, del Bronx, hasta Nueva Jersey, río arriba, río abajo.

Soy la Giralda, símbolo de la ciudad, represento a Sevilla, soy Sevilla, que está a mis pies, por mis cuatro esquinas, y proyecto mi sombra sobre ella imponiendo mi presencia. Desde calles quebradas aparezco. No necesito pelear por el espacio para remontarme hacia el cielo, la ciudad me da su espacio. Desde arriba, al lado de las campanas, arrastro las miradas hacia abajo para que se descubra la pequeñez. Desde abajo, sola ante todos, arrastro las miradas hacia arriba para que se descubra la enormidad. Soy única en altura y todo lo domino. Mi mirada se extiende a lo lejos, más allá de Triana, de Los Remedios, de El Porvenir, hasta el Aljarafe, río abajo, río arriba.

Compito con el Empire, soy la Chrysler. Me prolongo por centenares de metros, los edificios a mi alrededor se alargan hacia el cielo, pero dejan paso a la más bella torre de este lado del Atlántico. Cuando la luz se va, los últimos destellos permanecen todavía en las escamas de la piel que corona mi cumbre. Desde mis extremos, mi cuerpo se adivina, quiere dejarse ver para mostrar su esplendor y aparece asomado, espectacular en su grandeza y armonía. Desde Jersey la luz del atardecer empieza a fundirse con esa otra luz que me hace visible en la oscuridad de la noche para convertirme en antorcha en medio de la city. Soy la torre que se estira intentando llegar a las nubes atravesando la oscuridad. Me oculto entre las otras torres, pero entre ellas se me vislumbra, allí estoy, allí aparezco. Entonces, detrás de éste o de aquel edificio, de repente o poco a poco, me hago presente con un vivo resplandor.

Soy la Giralda, ninguna otra torre compite conmigo. Los edificios de alrededor están sumisos a mis pies, apenas se levantan, contemplan la más bella torre de este lado del Atlántico. Me apoyo sólidamente en las piedras de la vieja Roma, me remonto con el barro cocido bajo el impulso de Alá y termino arriba, con un emblema renacentista y cristiano a imagen de una diosa que vuela a ser romana. Desde el Aljarafe la luz del atardecer empieza a fundirse con esa otra luz que me hace visible en la oscuridad de la noche para convertirme en antorcha en medio de la ciudad. Soy la torre que se estira intentando llegar al cielo atravesando la oscuridad. Me oculto entre las calles, al fondo se me vislumbra, allí estoy, allí aparezco. Entonces, desde el interior, detrás de éste o de aquel recodo, de repente o poco a poco, me hago presente con un vivo resplandor.

William Van Alen, mi creador, me llamó *vertex*, el vértice extremo, y en apenas hora y media me montaron, de una pieza, sobre la cima del rascacielos. Con mis treinta toneladas y mis sesenta metros convertí, durante algunos años, al edificio de la Chrysler en el más alto del mundo, más que el Woolworth, más que la torre Eiffel, dominando incluso los setenta y un pisos del Banco de Manhattan.

Estoy esculpida, junto a flores de azucenas, bajo la inspiración de Minerva. Me dieron forma de diosa para hacer un homenaje a la Fe. Desde lo alto giro con el viento, por eso me llamo giraldillo. Contemplo como los siglos, aquí y allí, se suman, se superponen, se mezclan sin reclamarse nada. Piedra y ladrillo antiguos sobre piedra y ladrillo nuevos.

Estoy tallada, junto a Hércules y Mercurio, bajo la inspiración de Minerva. Me dieron forma de diosa para hacer un homenaje al pasado clásico. Desde lo alto permanezco inmóvil frente al viento. Bajo mi frontón todos vienen y van, continuamente, incansablemente, sin descanso. Estación Central. Desde mi posición contemplo como los años, aquí y allí, se suman, se superponen, se mezclan sin reclamarse nada. Piedra, ladrillo, cristal y acero. Tímpanos, cornisas, frontones y esculturas clásicas, al lado, cerca, muros de vidrio, chapas de metal, ventanas triangulares y agujas afiladas contemporáneas. Todo es diverso, todo se une para hacer ciudad.

Estoy tallada de ladrillo y tengo el nombre de una santa. Carezco de ornamento, soy todo función, solo función, un homenaje al futuro. Bajo mi cubierta de hormigón y acero todos se juntan para pasar, es la ida, es la vuelta, es la salida, es la llegada. La gran curva que me da forma quisiera unirme a la ciudad, hacerme más plana, más cercana. Desde mi cornisa limpia, apenas una línea tensada frente al sol de poniente, en la lejanía, ajimeces musulmanes, escudos de reyes, campanas medievales, pináculos y gárgolas góticos, arcos y columnas renacentistas, cúpulas barrocas. Todo es diverso, todo se une para hacer ciudad.

La luz que me llega desde arriba, por el lucernario de la gran claraboya, inunda la espiral de este espacio central que me da forma. Fue diseñado por el gran Frank Lloyd Wriqth. Su promotora, la baronesa Hilla Rebay, lo dedicó a la colección de Solomon

Guggenheim. Desde lo alto, desde el cielo, se ilumina mi rampa helicoidal que permite la unidad entre el espectador, la pintura y la arquitectura caracterizando toda una época cuando mediaba el siglo XX.

La luz que me llega desde arriba, por la linterna de la cúpula, inunda las curvas y contracurvas de este espacio central que me da forma. Fue diseñado por Leonardo de Figueroa y sus promotores, los jesuitas, lo dedicaron a San Luis de los franceses. Desde lo alto, desde el cielo, se iluminan mis retablos dorados repletos del barroco profuso y exuberante caracterizando una época cuando empezaba el siglo XVIII.

Fui el primero en unir sólidamente la ciudad con la otra orilla, allá al fondo, por eso tomo el nombre de ese lado: Brooklyn. Mi compañero, ahí delante, toma el nombre del otro lado: Manhattan. Cuelgo de cables de acero, entrelazados, todo un símbolo, que dan consistencia a mi estructura. Uno los territorios, las personas, las idas y venidas, por encima del río, sobre sus aguas. El perfil de la ciudad es diferente en cada ribera, la de Brooklyn no pretende competir con la de “la gran manzana” que es majestuosamente grandiosa, pero es su contrapunto. Nueva York, dos distritos, dos orillas.

Fui el primero en unir sólidamente la ciudad con la otra orilla, por eso tomo el nombre de ese lado: Triana. Mis ojos son anillos entrelazados, todo un símbolo, que dan consistencia a mi estructura. Uno los territorios, las personas, las idas y venidas, por encima del río, sobre sus aguas. Mi compañero, río arriba, es un esqueleto metálico que se sujeta por los trece cables de un arpa gigantesca. Es el símbolo de dos épocas con más de un siglo de diferencia. Los dos permaneceremos para siempre, él con su ojo de cabeza de caballo allá en lo alto, yo con mis cien ojos aquí abajo. Vemos como la ciudad llega hasta nosotros, nos sobrepasa y continua, como el río, haciendo historia. El perfil de la ciudad es diferente en cada ribera, la de Triana no pretende competir con la ciudad histórica, que es majestuosamente grandiosa, pero es su contrapunto. Sevilla, dos barrios, dos orillas.

Javier Aguilera Rojas

Marzo 2015